

LA RIADA

Ya cede el puente al impulso del río;
toda la aldea a sus márgenes vá.
Rompe en doliente clamor el gentío.
Mira el celaje, qué pardo y sombrío;
¡mira la vega que lástima da!

Lleva entre el cieno la brava corriente
ropas, ajuares y troncos en pié,
trozos de altar en que oraba el creyente...
Todo lo lleva hacia el mar. ¡Pobre gente,
triste, sin pan, sin hogar y sin fé!

Algo en la sombra se acerca que flota,
ved: navegando cual nunca se vió,
bajo la lluvia que airada le azota,
lanza su irónica y lugúbre nota
el tamboril de la vega de Ascó.

¿No os acordais? En las fiestas mayores
todos vosotros lo oisteis sonar,
acompañando entre juncias y flores

las fiernas estrofas de castos amores,
los cantos jocundos del viejo solar.

Siempre al clamor respondió de la tierra
pobre y sedienta de libre quietud.
Cuando asoló nuestros campos la guerra,
subrayó el himno que el cántico encierra
que rompe los hierros de la esclavitud.

Todo aquello es un sueño lejano;
ya su gloria en el tiempo pasó;
y ahora, vedle, sin rumbo cercano,
flota callado en las aguas del llano
el tamboril de la vega de Ascó.

¿Que fué del payés arrogante y bravío
que supo pulsarle del sol a la luz
con juvenil y marcial poderío?
Acaso le cubren las aguas del río,
vidriados los ojos, los brazos en cruz.

¿Que se hicieron las danzas y rondas,
risas, besos, suspiros de afán?
¿Donde fueron las núbiles blondas?
¿Donde están espesuras y frondas?
Sus rumores de amor ¿donde están?

Sin lanzar una queja ni un grito,
todo cuanto ha pensado y sintió,
respondiendo a un mandato no escrito,
camina hacia un mar de horizonte infinito,
como el tamboril de la vega de Ascó.

Cuanto complace, conforta y recrea,
cuanto en la vida nos trae honra y prez,
aquello que el alma con ansia desea,
por sinos y azares lo trae la marea,
y un récio reflujo lo lleva otra vez.

Quienes el culto guardais de lo noble,
los que impacientes soñais con amar
y os coronais con las hojas del roble,
de cien alboradas oireis el redoble,
risueñas y alegres como un despertar.

Pero vosotros que andais tropezando,
aquellos cuya alma la pena agostó,
los que de amor desertasteis el bando,
despedios por siempre llorando
del tamboril de la vega de Ascó.



SKATING GARDEN

SKATING GARDEN

Era el alba. El viento leve
se quebraba en los ramajes
y, prestándoles relieve,
se extendía en sus encajes
y sus festones la nieve.

La luz con sus amalgamas
en hojas tallos y gramas
disipaba las tinieblas
e iban colgando las nieblas
sus jirones en las ramas.

Solamente a los oídos
llegaban algunos ecos
débiles y doloridos
de pájaros ateridos
entre los ramajes secos.

Y ante aquella luz incierta,
con sus galas mal cubierta
la Naturaleza muda
mostrábase hermosa y yerta
como una Vénus desnuda.

Lancé un suspiro y, después,
proseguí mi incierta marcha
del bosque helado al través,
sintiendo bajo mis pies
ceder la crujiente escarcha.

Y oyendo en los surtidores
las aguas murmuradoras,
caminé entre mustias flores,
recordando otros rumores
y evocando otras auroras.

De pronto, entre las umbrías
del bosque, bruscamente,
eco de cien alegrías,
sentí estallar un torrente
de acordadas armonías.

Al son de brillante orquesta,
en un pabellón dispuesta,

la juventud sobre el lago,
presa de delirio vago,
celebraba hermosa fiesta.

· Cual bandada colosal
de aturdidos ruiseñores,
sobre el helado cristal,
vagaba la original
turba de patinadores.

Cien hermosas contemplaban
a sus amantes rendidos
y al par que se deslizaban
frases de amor resbalaban
en sus cándidos oídos.

¡Oh afán de la edad primera!
¡Oh amor, eterna inquietud!
Nadie allí pensar pudiera
que el hielo no se fundiera
bajo tanta juventud.

Mirando la poesía
de sus trasportes fecundos,
sentí que en mí renacía
esa secreta energía
que hace moverse a los mundos.

Recordé con hondo afán
días que no volverán
en que patiné también,
llevando una vez y cien
sobre mi frente un volcán.

Y, creyendo hallar consuelo
a mis penas un instante
bajo aquel nuboso cielo,
calcé el acero cortante
y me lancé sobre el hielo.

¡Oh pesar! Como quien sabe
que ya todo le es hostil,
pronto, arrepentido y grave,
hallé el cielo menos suave
y el ambiente más sutil.

Sin fuerzas y sin vigor,
pronto, bañado en sudor,
me hallé del lago en el medio,
mirando con pena y tedio
las gentes alrededor.

Mirando a los más cercanos,
vi que entre aquellos festigos

de tantos esfuerzos vanos
no se hallaban mis hermanos
ni aun estaban mis amigos.

¿Que se hizo la que juraba
amarme y, cortando el viento,
en mis brazos se apoyaba?
¿Dónde estaba mi contento?
Mi juventud ¿dónde estaba?

Extraña a mi corazón
era aquella turba bella;
era otra su diversión
y hasta la música aquella
tocaba distinto son.

Y, sintiendo la rudeza
de aquel grande desconsuelo,
comprendi sin extrañeza
que era para mi tristeza
lo menos helado el suelo.

—Pasarán —dije— los días
y, del alba a los fulgores,
el lago en sus ondas frías
tendrá nuevas armonías
y nuevos patinadores.

Pero nunca podrá ser
el pasado rehacer,
porque es locura evocar
dichas que no han de tornar,
glorias que no han de volver.

Y, en tanto que así pensaba,
sus acordes terminaba
la música bulliciosa,
mientras que, alegre y ansiosa
la juventud me cercaba.

Entonces, un no se qué
me dijo: —¿Que haces aquí,
fantasma de lo que fué?
Los palines me quité
y, avergonzado, salí.



DIGNAS PESADUMBRES

DIGNAS PESADUMBRES

Bajo la luz tranquila y amarillenta
que el quinqué en la camilla vierte de plano
miden de la velada la marcha lenta
un niño, tres mujeres y un veterano.

A formar sus soldados el niño empieza,
la niña agrupa flores frente a un espejo,
la madre zurce y calla, la anciana reza,
inclina sobre un libro su frente el viejo.

Y, en tanto, en el silencio, sigue oscilando
la péndola, que ocultas fuerzas agitan,
con el compás sereno que va marcando
la fiebre de las horas que se marchitan.

Tal vez la disciplina sorprende y pasma
al niño de la hueste gentil y austera
que inmóvil y con orden que le entusiasma,
se cuadra ante los pliegues de la bandera.

Y del adusto jefe que en los estribos
se alza, blandiendo en alto su sable corvo,
como si a los guerreros, mudos y altivos
su arenga fulminara con ceño torvo.

De pronto, con imperio y altanería,
dejando sus legiones el niño a un lado,
—¿Que es ser digno?— pregunta, como podría
preguntar Bonaparte: —¿Que es ser soldado?

Quitando del cabello con gran disgusto
dos rosas colocadas junto a las sienes,
sintiendo a un tiempo mismo rubor y susto,
le hermana le contesta: —¡Que cosas tienes!

Ser digna, según dicen, es ser modesta,
despreciar sin orgullo flores y galas,
al tédio y a las penas estar dispuesta
y al torpe pensamiento cortar las alas;

Huir de madrigales y discreteos,
rechazar lo que halaga nuestros sentidos
y abominar de frases y cuchicheos
que los hombres deslizan en los oídos.

Calló: lanzó un suspiro, miró a la alfombra,
sintió no sé que vaga melancolía
y por su frente virgen pasó la sombra
que hizo nublarse el cielo del primer día.

Oyó la madre todo con impaciencia;
dejó labor y agujas en el cestillo
y dijo con acento de displicencia;
—¡Jesús y que preguntas tiene el chiquillo!

Ser digna es estar siempre del mundo lejos,
no dejar en los hombres memoria alguna,
evitar las intrigas y los cortejos,
no envidiar la belleza ni la fortuna.

No suspirar por bronces, ni porcelanas,
ni tapices, ni joyas, ni ricas telas,
ni con fiestas lujosas y cortesanas,
ni teatros, ni danzas, ni bagatelas.

Renunciar a los trenes que, allá en la Corte
arrastran vanidades por los paseos,
y a las playas más bellas que hay en el Norte
con sus mil aventuras y galanteos.

Dijo; y de sus palabras fiel comentario,
subió a su rostro, ajado por los deberes,
esa palidez honda, que es el sudario
de todas las venturas de las mujeres.

Persígnase la anciana y acaba el rezo,
apoya en el tapete su mano helada,
recoje su rosario, finge un bostezo
y dice estas palabras con voz cascada:

—Hablais sin el permiso del Dios clemente.
La virtud en vosotras no es meritoria,
porque quereis ser dignas muy facilmente
esperando, sin duda, ganar la gloria.

Ser dignos por el premio que codiciamos
es en todo creyente culpable ofensa,
porque nos está dicho que persigamos
el bien sin esperanza de recompensa.

Ser digno, para el alma reconocida,
es, cuando padecemos justos dolores,
renunciar a los goces de la otra vida,
que nunca merecemos, por pecadores.

Y, al recordar sus culpas sobre la tierra,
cuando amó y fué dichosa, la abuela gime,
entornando los ojos, como los cierra
toda gran pecadora, cuando es sublime.

Del reloj la vibrante voz dolorida
proyecta en el espacio diez broncos sonos,
que caen sobre la inmóvil tropa aguerrida
como el eco lejano de diez cañones.

No concertando el niño tanta respuesta,
la opinión del anciano por fin requiere
y el viejo a contestarle dócil se apresta.
—¿Que es ser digno, abuelito?—Y él le contesta:
—Fingir que se desdenea lo que se quiere.

